

MARÍA Y EL DISCÍPULO DE SU HIJO

Como decían nuestros hermanos que animaban el primer momento, este es un año especial porque estamos conmemorando los veinte años de camino de la Obra. En este sentido, como parte de lo que vivimos en este nuevo tiempo de fundación, hemos anunciado un nuevo camino para el discipulado en la Obra.

Celebramos también, en este último decenio del siglo, una novena de años. En este cuarto año, la intención de la novena coincide también con el discipulado y la vida de la Alianza en el Movimiento. Tengámoslo presente como intercesión a lo largo del día y del año. Por eso el tema que vamos hoy a meditar y a compartir es ***María y el discípulo de su Hijo.***

EN EL MISTERIO DE LA CRUZ

Para nosotros la cruz es todo un símbolo. Muchas veces la usamos colgada al cuello como signo de victoria, pero la cruz en realidad fue inventada para quitar la vida, era un instrumento de tortura y muerte. A los delincuentes se los ajusticiaba con la cruz y de esta manera morían. Esto creye-

ron los hombres que condenaron a Jesús.

Nosotros sabemos que el poder soberano de Dios la ha transformado en un instrumento de salvación. Esto es parte de la grandeza del poder de Dios y la Cruz, instrumento de muerte, se transforma en un instrumento de salvación. Es la paradoja de la Cruz: muriendo, Jesús resucita.

Los planes de los que condenaban a la cruz eran: murió y se acabó para siempre. Los planes de Dios eran: murió y resucitó para siempre; de tal manera que por la Cruz, Jesús recupera la Vida Eterna para nosotros. Esa dimensión de nuestra persona a la que aspiramos con toda el alma, con todo el corazón: vivir para siempre. Vida eterna de Dios, la dimensión eterna de nuestra vida.

Este es el gran misterio pascual que Dios hace; pasa a través de la cruz salvando al hombre, salvándonos a nosotros. Por eso al querer profundizar lo que es la condición del discípulo es bueno que nos pongamos contemplativamente a los pies de la cruz, en ese momento en que Jesús está allí, entregando su vida. Nosotros, desde la fe en el Dios vivo, tenemos la cruz ya no como un cadalso, como un lugar de

muerte y sepultura porque Dios ha transformado al Gólgota en un lugar de nacimiento, vida y misión.

Ahí al pie de la cruz, donde Jesús está entregando su vida, aparece María, Juan y algunas otras mujeres (Jn 19,25-27). Esto nos ubica en el viernes santo de la Pascua y nos damos cuenta de que el discipulado nace a los pies de la cruz.

Nos dice el Evangelio: "*junto a la cruz de Jesús, estaba su madre*". María está siempre junto a Jesús, y en esto nos está enseñando a caminar, a ser discípulos del Señor. El Padre Dios ha asociado a María a la vida humana de su Hijo y ella va a ser **la siempre fiel**; la siempre fiel Virgen María. Ella siempre va a estar al servicio de su Hijo y consiguientemente también al servicio del Pueblo de su Hijo. Aunque este es un lugar de suplicio, la presencia soberana de Jesús lo ubica más allá de la cruz como lugar de muerte. Jesús está haciendo de su sacrificio, un testimonio de la salvación de Dios. Jesús en la cruz vive el misterio paschal que el Padre ha preparado para toda la humanidad.

Esto es lo grande de Jesús; él no queda absorbido por el sufrimiento de la cruz. Jesús desde la cruz es soberano, descubre qué es lo que está obrando Dios en ese momento, y las palabras de Jesús van indicando el cumplimiento del plan del Padre sobre la salvación del hombre. Esto también nos enseña a nosotros cómo vivir las

cruces que siempre nos van a acompañar en la vida. La cruz es un lugar donde se realiza el misterio salvador de Dios.

Por ello Jesús -nos sigue diciendo el Evangelio- ve a su madre, y cerca de ella, al **discípulo** al que Jesús amaba. La cruz es un lugar del discipulado. Ante ella no estaba cualquier discípulo, sino ese discípulo que se había acercado más al corazón de Jesús, y arriesgaba su vida, en ese momento, por el Maestro. Juan no se miraba a sí mismo en las consecuencias sociales que podía tener ese gesto; miraba dónde estaba el Maestro y dónde tenía que estar él.

Con esto, la Palabra nos dice que el discípulo de Jesús tampoco puede estar lejos de María. Porque así como María estaba junto a la cruz de su Hijo, el discípulo al que amaba Jesús estaba junto a su madre. Y en este momento tan especial de la historia humana -porque se está realizando la redención del hombre- Jesús como Rey y Señor va a hacer una revelación, le va a revelar algo al futuro, a los siglos en que se va a desarrollar su Pueblo, la Iglesia. Mira a su Madre y le dice: "*Mujer, aquí tienes a tu hijo*". María que estaba como madre de Jesús, ve ampliada su maternidad por el mismo Jesús que le dice "*aquí tienes a tu hijo*". Y luego mira al discípulo y le dice: "*Aquí tienes a tu madre*", y en esto hay una revelación de Dios: mis discípulos son tus hijos. Jesús extiende la maternidad de María a su Iglesia (Jn 19,26-27). Con estas palabras

que nosotros deberíamos estar sintiendo en el corazón, Jesús establece una nueva **vinculación** entre su discípulo y su Madre. Ya no es la vinculación de María con algún discípulo de Jesús, sino la vinculación de María con un nuevo hijo que Dios le ha ofrecido a través de Jesús. María es madre del discipulado que va a ser el germen de la Iglesia naciente. En la cruz nace un Pueblo, el Pueblo universal de Dios, y María es su Madre. Esta no es una cuestión de poesía o de sentimentalismo. Es una realidad que va más allá de la carne y de la sangre.

Y en su evangelio, el discípulo amado de Jesús añade esto: *"desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa"*. Más allá de que Juan la haya recibido en su casa material, digamos que la casa más íntima y personal del hombre es su corazón. Y como nosotros estamos contemplando esto desde estos tiempos que son también muy marianos en la Iglesia, podemos decir también que María hoy quiere hospedarse en la casa de los discípulos de su Hijo. Una jornada de María siempre nos deja cosas para reflexionar, para revisar, para profundizar; preguntas que nos podemos hacer como por ejemplo esta: ¿Encuentra hoy María en mí, un discípulo? ¿Puede hoy María hospedarse en mi corazón? Pidamos al Señor poder tener con María el vínculo que Él quiso desde la cruz, cuando nos compartió su madre. Esto es un signo más del amor que Dios nos tiene: no solamente nos ha compartido a su Hijo

sino que su Hijo nos comparte a su Madre.

Me parecía muy lindo poder leer una palabra de profecía recogida en una oración de contemplación en el Retiro de Coordinadores de Córdoba en marzo de este año. Es justamente sobre el discipulado y donde se hace una descripción de cuál es el corazón del discípulo:

"He aquí que estoy a tu puerta y llamo". El discípulo abre la puerta al Señor y lo que estaba en oscuras se llena de luz radiante.

El discípulo, ante la luz que recibe, limpia su casa, saca los bultos guardados, sacude y barre el polvo del encierro. Abre las ventanas de par en par, sin rejas, por donde entra la luz matinal del sol del amor. Alaba y agradece por esa luz. El discípulo mira desde allí - desde esa nueva luz que recibe- a sus hermanos; los sirve, los escucha, los ama y en su corazón guarda sus necesidades para orarlas al Señor.

El discípulo ordena la casa, como María ordenó la casa donde habitaba Jesús. Prepara la mesa, el altar, y se dispone a comer de la carne (Cuerpo y Sangre) de su Señor. Come todos los días, no deja que el alimento le falte.

El discípulo luego se sienta a los pies del Señor, se embelesa en contemplarlo. Se llena de su amor, arde en caridad, lo alaba y lo bendice.

El discípulo está dispuesto a darle su

vida, si Él se la pide. Ante los ultrajes y los insultos que otros dirigen a su Señor, el discípulo sufre y se ofrece en su lugar: ayuna, desgarrar su corazón en la piedad y la compasión a su Señor, le ofrece sus dolores. Ansía sufrir por amor a Él para desagraviarlo.

El discípulo honra y ama a la Madre de su Señor. La recibe en su casa, la atiende, la escucha y reposa su cansancio en su regazo. Recibe las caricias de sus manos; recibe la ternura de sus ojos; recibe las palabras de aliento de su boca amorosa. La aclama y le rinde un sencillito culto: cultiva el amor a la madre de Jesús.

El discípulo es llamado a participar del reposo de Dios, del jardín de la Eternidad, donde oye el canto de alabanza de los ángeles y de los santos, donde sólo puede postrarse de amor ante su creador, donde desea estar allí para siempre.

El discípulo está llamado a ver la gloria de Dios, a ver su Rostro y el reflejo de su luz en los rostros de los elegidos.

Pero el discípulo sólo entra por la puerta estrecha. Hay que querer entrar, decidirse.

El corazón del discípulo adquiere la sabiduría que viene del Señor leyendo y orando su Palabra; dejándose instruir por el Espíritu Santo. Aprende a discernir y a guardar alerta los preceptos del Señor. En el momento oportuno, el versículo de la Palabra sube del corazón a su

mente y a su boca, e ilumina la situación que vive. El discípulo ama la Palabra, la lee noche y día y la prefiere a cualquier otra cosa. Su corazón sólo se sacia de la Presencia de su Señor en su Palabra y en su Cuerpo Sacramentado.

*El discípulo ansía vivir **ante** su Señor: ser mirado, ser ama-do, y ser tenido en cuenta por su Señor.*

El discípulo solo ama a su Señor.

Hech 28,1-10 (Esta Palabra es el cumplimiento de la promesa hecha por Jesús a sus discípulos en Mc 16,14-20)

2. EL DISCÍPULO DE JESÚS

El Señor desde la cruz nos crea un nuevo vínculo con María. Podemos tomar conciencia de que tenemos una Madre en el cielo; una madre de nuestra adopción de hijos de Dios. Y allí también María siente que se le crea un nuevo vínculo con nosotros como discípulos de su Hijo. Ese nuevo vínculo abarca una misión para María: **ser y obrar como Madre del Pueblo de Dios en el mundo.**

María es y obra como Madre del pueblo de Dios en el mundo. El comportamiento de María hoy a través de tantas manifestaciones Marianas que hay en la Iglesia, es el comportamiento de una madre universal: "Yo soy la madre de todos, los que creen y los que no creen en mí" - decía despidiéndose de su visita en Ecuador. Esa es la

realidad de María, esa es la realidad que Dios le ha dado a María. Dios la ha hecho madre de su pueblo y ella vela y cuida de sus hijos que son discípulos de su Hijo Dios. Por eso esta revelación de Jesús al pie de la cruz, nos provoca cuestionamientos importantes. ¿Cuál es la conciencia de que yo también **soy** -que es una cuestión de identidad- soy discípulo de Jesús e hijo de María?. Y esto me pone en un vínculo particular con María y con Jesús.

En este momento de la cultura que se caracteriza por tanta superficialidad, pidamos nosotros tener una conciencia profunda, no superficial, de la vida y de nuestra fe. ¿Quiénes somos, para qué vivimos, porqué creemos?. Parte de la función y la misión maternal de María es **formar y madurar** el corazón y la vida de los discípulos de su Hijo. *"Yo no he venido para que me reconozcan a Mí sino para que reconozcan a mi Hijo Jesús en su corazón"*. Es clara la Madre.

El llamado a ser discípulo es una iniciativa que corresponde al Señor, no es cuestión de que yo quiera o no quiera: *"No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes"* (Jn 15,16). Esto nos lleva a profundizar lo que es ser discípulo de Jesús.

Seguir a Jesús es tener **una postura radical de vida** frente al Dios que es Padre y nos creó. Es tener una postura radical para elegir el amor de Dios y rechazar el pecado del mundo. Dios nos pide que, **como hijos suyos**, estemos de una manera muy

definida en el mundo.

Seguir a Jesús es adherirse a su Persona, a su enseñanza y a su misión. Hacerse discípulo de Jesús es buscar conformar la propia vida con la del Señor; esa es la "vida-modelo", aunque no sea la que se proponga en las pantallas de la televisión. Aceptar su enseñanza es convertirse al Evangelio y amar la Palabra de Dios. María nos enseña que, para evangelizar, debemos alcanzar a los hombres que buscan al Dios desconocido, **argumentos de vida**; no palabras por un lado y la vida por el otro. Que nuestra vida sea un argumento de Jesús, que el testimonio sea el gesto de vida que invita a vivir en Alianza con el Dios vivo y verdadero. Y que el bienestar del hombre, la solidaridad entre los hombres, la hermandad, nazcan de esta alianza del hombre con el Dios vivo y verdadero.

Por eso tenemos que procurar no hacer de nosotros mismos, ni de nuestros problemas que no nos van a faltar, ni de las dificultades del medio ambiente por más que se acrecienten, el centro de nuestra vida y de nuestra comunidad. Esa es la postura de Jesús en la cruz, es lo que nos enseña el maestro: *"La gloria del Padre consiste en que ustedes den fruto abundante (de paz, alegría, esperanza, testimonio, caridad) y agregaba, y así sean mis discípulos"*. (Jn 15,8). El discípulo no está llamado a vivir en la queja, la crítica, la amargura y la desesperanza que brotan tan fácil y abundantemente de nuestra naturaleza cuando el centro deja de ser el Señor y pasa a ser otra

cosa por importante que sea. Hay que ver desde donde vivo, desde donde enfoco la vida y sus circunstancias. Esto es lo distinto del discípulo de Jesús.

Cuando nosotros escuchamos la Palabra de Dios en una reunión, o una oración personal, muchas veces, como los discípulos de Emaús, sentimos que se nos enciende el corazón. Entonces hemos de aprovechar ese momento para desalojar toda tiniebla, todo desaliento, y armarnos interiormente con disposiciones y decisiones de vida.

La cruz nos llama a que seamos constructores de la Iglesia como comunidad de discípulos. Como se suele decir, de "la malaria", la disconformidad y el desaliento, de alentar actitudes de una cultura destructiva, ya se encarga suficientemente el Tentador. No colaboremos inconscientemente con "el padre de la mentira".

El Evangelio nos da los criterios, las palabras, que crea las disposiciones en nuestro corazón, para saber cómo vivir en el medio ambiente. No solamente para saber como vivir nosotros, sino para que nosotros seamos una invitación de poder vivir de manera distinta en el medio ambiente. El hombre sigue aspirando siempre a la búsqueda de lo mejor, de la felicidad, pero allí no se llega por cualquier camino. Por eso nosotros tenemos que mostrarnos como camino de Dios para esa felicidad que busca el hombre, Dios la crea en nuestro corazón y en nuestra vida. No nos dejemos

seducir por los argumentos de muerte muy disfrazados de luz y felicidad que hay muchas veces en la cultura materialista.

Jesús aglutina a sus discípulos en torno suyo para que crezcan en la **dimensión eterna** de sus vidas. Hay en nuestro ser una dimensión eterna. Así como tenemos una dimensión vegetativa, una dimensión sensitiva, una dimensión racional o humana, hay también una dimensión eterna, que se manifiesta en nuestra aspiración a vivir siempre en la felicidad, en el bien, en el amor. Esa es la dimensión eterna de nuestras vidas y esta es la dimensión a desarrollar, a cultivar, a crecer y madurar en santidad. No nos dejemos tapar por las otras dimensiones más superficiales de nuestro ser que son las deformadamente cultivadas por la cultura secularista de nuestros días.

Jesús, hecho Pan de vida en la historia, forma la Familia de su Padre, la Iglesia de sus seguidores y discípulos. Dios llama a ser discípulos y espera **la respuesta**. La respuesta al llamado de Jesús es una opción por cambiar la mirada de la vida natural en la que más espontáneamente tendemos a movernos. Es una opción por mirar de manera distinta la vida nueva que nace de lo alto, del Espíritu, y que se ve con los ojos de la fe, de la trascendencia del amor de Dios (Jn 3,1-8).

En este sentido podríamos decir, ¡cuántas oportunidades nos da Dios en el Movimiento! Cuánta gente busca una gota de

agua para saciar esa necesidad de eternidad que hay en el ser y nosotros abundamos en vasos y en botellas y no cuidamos a veces "ese" agua. ¡Qué pobres somos para distraernos enseguida de la gracia de Dios! Cuántos supuestos culturales de la civilización materialista de consumo, arrastramos sin darnos cuenta: el individualismo, la tendencia a lo fácil y lo cómodo, el temor al sacrificio y hasta la incapacidad de un compromiso sostenido. ¡Pobre Dios que cuenta con nosotros! Hoy nos podemos preguntar, ¿cómo estamos aprovechando las gracias que a lo largo del año nos ha dado el Señor desde la Pascua?, ¿cómo estamos aprovechando las gracias en las Asambleas de oración...?

El Movimiento, nació de una experiencia comunitaria de Dios, de una experiencia de oración en común. Esa experiencia de compartir la presencia y la acción de Dios en un grupo, en una comunidad, trajo como regalo el que nos pudiéramos sentir y tratar como hermanos. Nosotros a veces nos hacemos muchas trampas. Una de las trampas fue que, como nos sentimos hermanos y tenemos más confianza, podemos compartir más este espacio que era de Dios y que Dios nos daba a compartir entre nosotros. Así lo fuimos haciendo cada vez más nuestro y a Dios lo dejamos de lado. Además del vicio que tenemos los argentinos de llegar siempre tarde...

Invadimos el campo de Dios, la oración comunitaria, con los comentarios y nos

fuimos naturalizando. Muchos grupos se naturalizaron, hicieron centro sus problemas, sus situaciones, y Dios miraba..., de vez en cuando una oracioncita para cerrar, o un ratito para no entrar demasiado profundamente con Dios, ¡No sea que Dios se haga el Centro de la reunión, si hacemos una oración muy profunda!

Dios es muy sabio y siempre nos ha conducido pastoralmente. Este año con la oración de Asamblea, el Espíritu ha reclamado el espacio que le pertenece en la reunión. Hay un espacio para compartir porque somos hermanos y lo necesitamos, y hay un espacio que es para compartir con Dios y Dios con nosotros. Esto no siempre lo valoramos porque nos gustaría manejar el tiempo, manejar la reunión y manejarlo hasta a Dios y esto no es posible. El Espíritu defiende el carisma de la Obra cuando está defendiendo el tiempo de la oración comunitaria, de la oración del pueblo de Dios.

Dios está defendiendo el carisma de la Obra. Es nuestra vida en el carisma que nos ha dado en este lugar de la Iglesia. Entonces no desaprovechemos las oportunidades del Espíritu porque seremos arrebatados como ovejas rebeldes y confundidas.

Dice el Señor en el evangelio una cosa muy importante, muy seria y es que hay **muchos** llamados. No es que el Señor llama a algunos. Este "muchos" tiene hasta el sentido de todos en el lenguaje de la época. Hay muchos llamados pero pocos elegidos porque la invitación al Reino de

la Familia eterna de Dios es un llamamiento a la entrega personal. A veces nosotros queremos entregar a Dios de tal manera que lo podamos manejar y Dios sea **algo** de nuestra vida. Él nos va a escuchar a nosotros, no nosotros a Él. ¡Como damos vuelta fácilmente las cosas! Así perdemos vigor, perdemos fuerza, perdemos vida y no pocos aturridos por los ruidos interiores permanecen sordos al llamado o lo cambian por una aparente realización personal (Cf. Mt 22,1-5).

Siempre hablamos de la realización personal. ¿Qué realización personal es verdadera y cuál es aparente? ¿Cuál es la que nos lleva a la realización de nuestra eternidad sin medida y no nos engaña con algo que hoy es y mañana no es? Esta realización con suerte, con la suerte del rico epulón, no llega más allá de esta vida. Eso es lo que nos revela la Palabra en esa parábola del rico y el pobre (Lc 16,19-31).

María con esta conciencia de su maternidad universal, que la hace presente en tantas manifestaciones de Iglesia, hoy siente dolor y angustia por sus hijos afectados y contaminados por el secularismo de nuestra civilización. "*El ateísmo y el materialismo comen al mundo*" -exclamaba en una de sus apariciones-. ¡Qué expresión fuerte, la expresión de María, la expresión de una madre! María viene como madre que ve el peligro. Cuando los padres ven el peligro para sus hijos, ¡cómo se apresuran, cómo cambian sus disposiciones

interiores!. El niño no se da cuenta de que está en peligro; así parece que somos nosotros. Y María viene como madre que ve el peligro, viene para seguir haciendo lo que hizo con Jesús, viene para recordarnos el llamado a la santidad de la que ella también es maestra y modelo. Por eso hoy, tomados de la mano de María hagamos una decisión fuerte de seguir a Jesús hasta la muerte y de responder al llamado a la santidad que nos hace Dios: "*Sean santos, porque yo soy santo*"(1 Pd.1,16). Hagamos de nuestra comunidad un lugar donde se estimula a la santidad.

3. EL DISCIPULADO EN EL MOVIMIENTO

Podemos decir que el Movimiento es un lugar especial de la Iglesia para vivir el discipulado. Los discípulos necesitan formarse, constituir un cuerpo comunitario de vida y hacerse presentes en el mundo llevándole la Buena Noticia de Jesús. María los acompaña y los protege.

Para esto, en este nuevo tiempo de fundación, el Movimiento prepara un **camino de formación** para el discipulado. Este año anunciamos el discipulado y a partir del año que viene, con la gracia de Dios, vamos a poder hacer un nuevo camino de formación para ir desarrollando este llamado al discipulado.

El camino consiste en **escuchar** el llamado y querer hacerse discípulo, para

aprender a vivir el Evangelio y ser luz del mundo. ¡Cuánto nos cuesta aprender las cosas que no dependen simplemente de la inteligencia, de saber esto o aquello, sino que dependen del corazón y la vida! Saber algo es querer vivirlo; esa es la fuente de la sabiduría. Una de las tentaciones actuales, cuando no transformamos nuestra vida, es tratar de que el evangelio vaya justificándola; "tan mala no es". La vamos justificando y vamos adaptando el evangelio a la vida de tal manera que él vaya perdiendo su fuerza. Nosotros tenemos que adecuarnos al Evangelio y nuestra vida hecha evangelio tiene que llamarnos a la conversión, a la transformación del medio ambiente también, donde Dios es cada vez más un desconocido. Ya no es alguien contra el cual se va, sino alguien a quien se ignora.

"Seguir a Cristo - dice Juan Pablo II- no es una invitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa hacerse conforme a Él, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz. Y esto es fruto de la gracia, de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros". Si alguno quiere leer algo más de este pensamiento de Juan Pablo II lo tenemos en la revista Cristo Vive, Aleluia! n° 91, pág.5.

El nuevo tiempo de fundación en la Obra pide un modo más maduro de prepararse para el discipulado. Tanto porque la obra va siendo más madura, como

porque el mundo pide y necesita más de nosotros. Este es un tiempo en el que el Tentador, de diversas maneras, zarandea las comunidades y amedrenta el servicio de los pastores. ¡Qué lástima que no nos demos cuenta a veces de que el rollo que se hizo en una comunidad es fruto de la hermosa presencia del Tentador infiltrado en las vinculaciones, en las razones, en las actitudes! Tenemos el discernimiento para esto. ¡Qué lástima que no nos demos cuenta cuando, tal vez, un servicio pastoral resulta un poco pesado y "ahora es más complejo y tengo menos tiempo"!, ¡qué lástima que no nos demos cuenta de que dejamos de construir el Reino de Dios! Cuántas horas dedicamos a construir la sociedad de consumo que a veces consume casi la vida, no deja tiempo para la familia, ni para la vida interior...

Tratemos de mirar con los ojos de la fe y comprender lo que al hombre le conviene y lo que a nosotros nos conviene, aunque haya que pagar un precio. Estamos insertos en una cultura que no generamos nosotros, en la cual tenemos que vivir sin participar de sus antivalores. Hemos de aprender de María a responder al tentador en estos tiempos. María es la que aplasta la cabeza de la serpiente. Muchas veces tenemos mensajes de San Nicolás, o de Mediugorie, que son muy sencillos, porque María no habla complicadamente. Y como son muy sencillos los leemos y los dejamos pasar de largo. Si nos ponemos

a mirar los mensajes de María tratemos de ver un poco su contenido pastoral, porque es muy importante, y leámoslos de tal manera que puedan vincularse uno con otro para armar todo el entramado del mensaje que María nos quiere dar. Si María nos va hablando en distintos momentos, hay que ir relacionando los distintos momentos para saber todo lo que ella nos quiere decir.

El discípulo, llamado a seguir a Jesús radicalmente puede ser llamado a la vida familiar, a la vida consagrada, a la vida dedicada, o puede ser soltero. **El discipulado no es un estado de vida sino un modo de seguir a Jesús**, un modo de pararse en la vida y de caminar. Es el modo de María, de José, de los santos, y de los cristianos comprometidos. A lo largo de la historia de la Iglesia muchos hombres han seguido de esta manera a Jesús y están disfrutando en el cielo de este seguimiento. Hagamos nosotros lo mismo.

Aquel que siendo llamado a seguir radicalmente al Señor, (y uno tiene que prestar atención, porque muchos son los llamados) y por comodidad o egoísmo prefiere hacerlo a medias o mediocrementemente, no tiene garantías de que permanecerá en el pueblo de Dios reconocido por el Padre. Hoy día, cuando uno baja las defensas interiores, entra el tentador con toda la seducción de su cultura y arrasa. Si el pueblo de Dios no se mantiene firmemente unido

en comunidades, puede ser arrasado. Para la naturaleza no es un disgusto vivir materialmente. El problema es que eso no tiene futuro, no tiene trascendencia, no tiene eternidad gozosa, plenificante.

El discipulado se vive desde un cuerpo comunitario organizado pastoralmente. Por eso debemos ser cuidadosos y respetuosos de nuestras comunidades, donde en la medida en que nos reunimos como comunidades de discípulos, hay una presencia muy particular de Jesús: "*donde dos o tres están reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos*".

La comunidad, es un lugar de mucho respeto donde el centro es Jesús, y esto disgusta al Maligno; esto es un grano doloroso en la sociedad intrascendente del materialismo. Las comunidades son el sostén y la protección contra el medio ambiente secularista y la rebeldía de nuestra propia naturaleza. Son ambientes fraternos del Espíritu y lugares de oración y alianza con Dios. Esto es lo que estamos celebrando hoy, en esta Asamblea de comunidades que es la Jornada Anual de María. En este sentido son lugares de bienestar, bienestar de adentro hacia afuera.

En los comienzos de la Iglesia, si ustedes ven los Hechos de los Apóstoles, ella era conocida como la comunidad de los discípulos del Señor. Vayan tratando de ver, al leer los Hechos, cómo llamaban a los cristianos, cuando todavía no existía la

palabra ni "cristianos" ni "iglesia"; eran los discípulos del Señor.

Hoy, cuando los pueblos y Naciones vuelven a la vida pagana sin sentido trascendente, sin rumbo en la vida, sin valores, con desinterés por la Salvación, ¿qué elegimos nosotros?. Elijamos la cultura que queremos vivir, no esperemos que nos la ofrezcan de tal manera que haya que vivirla porque es lo que todo el mundo vive. En este momento lo que se ofrece no es una cultura cristiana. ¿Qué elegimos?, ¿ser fieles a la Revelación de Dios o adecuarnos a la invitación del individualismo, el materialismo y el consumismo de la vida? A los ojos de Dios, ¿somos nosotros parte de aquellos que hoy vuelven a despojarse de sus vidas para entregárselas al Señor a través de María? ¡Ojalá sea así!, ¡qué hermosa ofrenda hecha en nombre de la humanidad, de muchos desorientados!

Es la misma María la que hoy nos dice: ¿de qué vale la vida si no la entregamos? Cuando uno funda una familia es porque entrega la vida, y los esposos como padres tienen que entregar la vida a sus hijos; cuando uno ingresa a una comunidad es para entregar la vida. Dios nos entregó su vida y nos invita a que nosotros le entreguemos la vida que es el único modo que tenemos de realizarla. Si estamos buscando la plenitud, ¿dónde la vamos a encontrar sino en Dios? (Cf. Jn 6,68).

Por eso es bueno terminar escuchando estas palabras de Pablo en la carta a los Efesios, que sean palabras también de nuestro corazón:

"Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo.

Y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia por el amor" (Ef 1,3-4).

Padre Ricardo, MPD

N. de la R.: Charla ofrecida a los miembros del Movimiento de la Palabra de Dios en el contexto de la Jornada de María del 14/08/1994).

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)